



MIRADAS

POR
Ovidio Roca

Pensamientos y proclamas liberales y masistas

Bolivia no necesita a una persona 'salvadora', sino una 'receta de salvación', traducida en un equipo que aplique las medidas necesarias para poder restablecer nuevamente la economía nacional." — Jaime Dunn.

El individuo y la sociedad buscan lograr el bien común, que es aquello construido por y para beneficio de todos los miembros de una comunidad. Esto en sentido general, y no solo físico o económico, abarca también el conjunto de las condiciones de vida social con las que los seres humanos, las familias y la sociedad pueden alcanzar con mayor plenitud y facilidad su propio concepto del buen vivir.

Las personas con pensamiento liberal creen en el derecho a la vida, la propiedad privada, la seguridad jurídica y el derecho de los individuos a buscar su proyecto de vida. Consideran que el Estado debe dejar vivir libre al ciudadano y no ser un obstáculo. Contemplan que la igualdad ante la ley, la justicia independiente y la seguridad jurídica dan lugar a la formación de la propiedad privada, y estos son los elementos básicos para la generación de riqueza.

Los emprendedores, y no los burócratas, son los que pueden crear soluciones prácticas a las necesidades de la comunidad. La generación de riqueza no viene del Estado; se da solo cuando los individuos pueden, en libertad, ser creativos, innovar y así solucionar los problemas de la comunidad, ofertando productos y servicios.

El inventor del celular o del software, el que hace pan todas las mañanas, el restaurante que ofrece un servicio, ese gremialista, ese informal que está importando productos porque hay una alta demanda en el país... todos están en la cadena de creación de riqueza.

En libertad y con buenas iniciativas, todos ellos están trabajando para resolver problemas de la sociedad, y es a cambio de la solución a esos problemas que se genera la riqueza y se produce el valor.

Con el "Proceso de cambio" del masismo, la propiedad privada capitalista trasciende hacia el "derecho de uso" evista. Para el MAS no existe el derecho a la propiedad privada, pero ellos se

arrogan para sí mismos el derecho ilimitado a su uso. El Gran Jefe no tiene propiedad privada, no la necesita; él tiene el derecho al uso de todo, de todos y de todas.

Las comunidades y los sindicatos, en reciprocidad y como símbolo de su amor, proveen al Jefazo de todo lo que adivinan que él siente y desea. Cholitas de trece años, recibimientos apoteósicos, partidos de fútbol que él gana, viajes con sus compinches castrochavistas, museos para su ego, palacios. También eliminan todo lo que le molesta y estorba. Sus bases bloquean, y sus jueces y fiscales eliminan esas plagas liberales molestas, que no reconocen su grandeza y magnanimidad.

El Estado Profundo. Los gobiernos populistas y centralistas que desde siempre han gobernado el país generaron una burocracia inamovible. Esta burocracia es el gobierno permanente, aquel que no cambia de una elección a la siguiente, la que sigue gobernando con independencia del nuevo gobernante electo. Estos funcionarios públicos permanecen y están repartidos en toda la estructura de la administración, desde el portero hasta los secretarios. Con el cambio de Gobierno, salen los ministros y secretarios y queda el Gobierno permanente, que también llaman Estado Profundo.

Ahora estamos a pocos días de las Elecciones Nacionales, y es la gran oportunidad para los ciudadanos que tienen una perspectiva democrática y liberal de cambiar el país para mejor, salvándolo de la debacle masista.

El desafío del próximo gobierno democrático es cambiar el modelo económico y político masista, y construir un Estado democrático liberal con una meritocracia que administre la cosa pública. Los partidos políticos ahora compiten por la presidencia, y aquel candidato que tenga la mayor votación debe ser reconocido por los otros. Luego, compatibilizando sus propuestas liberales, necesitan elaborar un plan único de salvación nacional y, con la gente más idónea, formar un equipo para dar solución a la gran crisis económica, productiva, ideológica y moral que tiene el país.



CLEPSIDRA

POR
Álvaro
Riveros Tejada

Apuntes sobre la Guerra del Chaco

Estamos próximos a que se cumplan 90 años del conflicto fratricida, que los bolivianos libramos con los hermanos paraguayos, en una de las más sangrientas guerras de América del Sur.

La Guerra del Chaco (1932–1935) fue el conflicto armado más cruento de Sudamérica en el siglo XX, enfrentando a Bolivia y Paraguay por el control del Chaco Boreal, una región árida ubicada entre ambos países, considerada estratégicamente importante, por la posibilidad de albergar ricos yacimientos de petróleo. Asimismo Bolivia, enclaustrada en sus montañas y sin salida al mar desde la Guerra del Pacífico, buscaba acceso al río Paraguay para obtener una vía hacia el océano Atlántico. Por su parte Paraguay, consideraba el Chaco como parte legítima de su territorio y por tanto fundamental para su soberanía.

Históricamente, la guerra fue el resultado de una combinación de intereses geopolíticos, errores diplomáticos y una visión limitada del desarrollo nacional. Bolivia, con una geografía compleja y una élite desconectada de las realidades del pueblo, apostó por una guerra que no entendía ni estaba preparada para enfrentar. Paraguay, aunque más pequeño y con menos recursos, supo organizarse con eficacia y aprovechar su conocimiento del terreno.

Empero, más allá del resultado militar, la Guerra del Chaco nos reveló profundas fracturas internas. Nuestros soldados bolivianos, en su mayoría indígenas y campesinos, fueron enviados al frente sin preparación ni apoyo adecuados. Muchos murieron no por las balas enemigas, sino por el hambre, la sed y el abandono. Esta tragedia evidenció la desigualdad estructural

del país y sembró las semillas de una conciencia social que, décadas más tarde, daría lugar a transformaciones políticas profundas, como la Revolución Nacional de 1952.

Hoy, a 200 años de nuestra independencia, Bolivia enfrenta desafíos distintos pero igualmente complejos: la lucha contra la pobreza, el fortalecimiento de la democracia, la inclusión de todos los sectores sociales y la protección de nuestros recursos naturales. La Guerra del Chaco nos recuerda que ningún proyecto nacional puede construirse sin unidad, sin justicia social y sin una visión compartida de futuro.

En tiempos de polarización y crisis global, el bicentenario nos invita a mirar atrás, no para revivir heridas, sino para aprender de ellas. La memoria de los soldados del Chaco y de todos los que sufrieron y murieron en ese terrible Erial, debe ser un llamado a construir un país más justo, más solidario y consciente de su historia, porque sólo con memoria, dignidad y unidad podremos honrar verdaderamente los 200 años de vida de una Bolivia independiente.

La Guerra del Chaco fue mucho más que una simple disputa territorial. Reflejó las vulnerabilidades estructurales de dos países en desarrollo, influidos por actores internacionales y limitados por sus contextos internos. Sus consecuencias perduran hasta hoy, tanto en la memoria colectiva como en la geopolítica del Cono Sur. Honor, gratitud y gloria eterna, a todos los mártires que ofrendaron su vida por la patria, así como a aquellos que sufrieron discapacidad permanente o fueron prisioneros en cárceles paraguayas.



TRIBUNA

POR
Delmar Apaza
López

Bolivia no necesita un presidente

El 10 de noviembre de 2019, Bolivia vio caer a cuatro presidentes (entre el Ejecutivo y el Legislativo) en tres semanas. Mientras la plaza Murillo se teñía de convulsión y rabia, comprendí lo obvio: estábamos clamando por un nuevo salvador. Siempre lo hacemos. Como rezando en un templo vacío, entregamos nuestro destino a un nombre: "¡Que vuelva Evo!", "¡Mesa es la solución!", "¡Áñez nos salvará!". La historia se repetía: buscábamos un mesías de carne y hueso, preferiblemente hombre, que cargara sobre sus hombros las esperanzas de aproximadamente 12 millones de almas diversas.

Cuando el Decreto Supremo N.º 048, del 18 de marzo de 2009, nos declaró "Estado Plurinacional", sobrepasando a la Constitución de febrero de ese mismo año, creímos en el fin del colonialismo interno. Pero pronto el MAS mostró su juego: la plurinacionalidad fue un espejismo. Mientras Evo Morales posaba con aspirantes a caudillos indígenas en actos folclóricos, su gobierno centralizaba el gas, las tierras y las decisiones. Hoy, Luis Arce repite el guion: impone desde La Paz políticas económicas que ahogan a Santa Cruz y al resto del país, mientras ignora a las autonomías indígenas

reales y al modelo gestado en la Constituyente y en la Ley N.º 031. Como dice el politólogo argentino Guillermo O'Donnell, América Latina sufre de "democracias delegativas": votamos cada cinco años para entregar poder absoluto a un elegido que gobierna sin contrapesos.

"En Bolivia, el Palacio Quemado o la Casa Grande del Pueblo es el gran teatro donde un actor principal monopoliza el drama nacional, mientras 36 naciones y otros agregados nacionales esperan su turno en el camerino." Revisemos el récord patético: 11 de nuestros últimos 12 presidentes fueron varones; hemos vivido 4 crisis de sucesión en 20 años (2003, 2005, 2019, 2020); aproximadamente el 68 % de las leyes clave (hidrocarburos, educación, riesgos) se redactaron sin consulta territorial real.

El modelo presidencialista es un coche bomba: concentra tanto poder que termina explotando, sin importar quién lo ejerza. En 2016, Morales ignoró el referéndum que le negaba la reelección. A partir de 2023, Arce gobierna más por decreto ante una Asamblea Legislativa Plurinacional fracturada. Mientras tanto, la verdadera Bolivia —esa madeja de culturas quechua, aymara, guaraní, chiquitana y, sobre todo, mestiza— sigue huérfana.

"¡Bolivia unida jamás será vencida!", gritan los políticos.

Pero ¿qué unidad? La que impone el centralismo paceño sobre el resto del país. La que silencia a las

naciones originarias en nombre del "proceso de cambio". La que celebra el Tipnis en discursos, pero vende sus recursos, su destino, sin consulta alguna. Bolivia no es una: es un archipiélago de identidades que el presidencialismo forcejea dentro de un molde único.

Ahora bien, imaginemos esto: nueve sillas en lugar de un trono. Una para cada gobernador. La presidencia rotativa cada dos años, como los turnos del *ayni* aymara. Las decisiones cocinadas en consenso, no por decreto. Inspirados en el Consejo Federal Suizo —donde siete ministros rotan la presidencia anual—, propongo la Asamblea Ejecutiva Departamental. ¿Cómo funcionaría?

Dentro de cada departamento se elige a su máxima autoridad; estos, a su vez, eligen entre ellos un presidente de gobierno rotativo cada 24 meses. Así, las políticas nacionales requerirán doble mayoría: cinco de nueve gobernadores, más el apoyo de las asambleas indígenas de las autonomías consolidadas bajo el modelo autonómico previsto en la Ley N.º 031. Se debe prohibir la reelección inmediata de cualquier autoridad, porque el corazón del nuevo sistema debe ser la rotación, al mismo tiempo que se debe promover la ascensión al cargo ejecutivo de un gobernador de distinta procedencia departamental cada vez que se realice la sucesión de representación.

De esta forma, se enterraría el caudillismo. Nadie

sería "el salvador". Haríamos real la plurinacionalidad: un gobernador quechua de Cochabamba podría presidir, mientras otro guaraní de Chuquisaca veta proyectos que dañen su tierra, provocando una horizontalidad en la administración. Así también se evitarían golpes: si un territorio rechaza una política, se negocia, no se impone.

¿Por qué seis años con rotación? Dos años son tiempo suficiente para ejecutar proyectos, pero no para enquistarse. Tres rotaciones garantizan continuidad sin caer en la inestabilidad. Nueve voces impiden que La Paz, Santa Cruz, El Alto o cualquier región pujante monopolice el relato nacional.

En conclusión, el país que debe proyectarse no necesita un padre protector. Necesita madres, padres e hijos tejiendo futuro en igualdad. Mientras escribo esto, en el altiplano, mujeres aymaras riegan la tierra con turnos comunitarios. En Santa Cruz, jóvenes agricultores crean cooperativas sin esperar subsidios. Bolivia ya vive la democracia asamblearia; falta construirla institucionalmente.

La verdadera revolución no es poner un poncho en la monolítica Casa Grande del Pueblo, sino disolver la representación del poder hacia las bases ciudadanas. Que el poder vuelva a circular como la savia en un árbol antiguo: desde las raíces. En ese sentido, el Estado debe ser un jardín donde florezcan mil flores, no un bonsái recortado por manos centralistas.